

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 410

25 CTS.



El héroe
del
colegio

POR

Pauline Garon

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA**
EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN | Pasaje de la Paz, 10 bis
ADMINISTRACIÓN | TELÉFONO 18551

Año VIII BARCELONA N.º 410

El héroe del colegio

Novela de estudiantes
Interpretada por
PAULINE GARON, ROBERT AGNEW, REX
LEASE y BEN TURPIN



Producción Columbia
EXCLUSIVA DE
Príncipe Films, Sdad. Ltda.
Aragón, 249, Barcelona-Aldamar, 7 y 9, S. Sebastián

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MITCHELL LEWIS

El héroe del colegio

Argumento de la película

¡Inauguración de curso!

¡Atención!

¡Apártense ustedes, si no quieren ser víctimas de un atropello más o menos chistoso!

En el horno del colegio de Carver entraban los novatos para hartarse de pan espiritual durante cuatro años, y tenían todos tal apetito, que los veteranos no se cansaban de darles "tortas" de su especialidad.

El ingreso de los "quintos" era algo así como la caraba con riñones salteados, para los veteranos, pues había que ver lo que se divertían a costa de los nuevos compañeros.

Sabido es que, cuando uno llega por vez

primera a un sitio, ya sea colegio, ya sea oficina, se muestra, si no es un tipo extraordinario, cohibido ante la novedad de las cosas y de los rostros con los que hay que tratar en adelante.

Pues bien; sabido es asimismo que los que ya están en el colegio u oficina cuando uno llega, se muestran, siquiera de momento, aunque sean unos perfectos ignorantes o imbeciles, superiores a él.

En Carver, los veteranos hacían sentir esa superioridad que les daba la antigüedad, sobre los novatos, y muchos de éstos no se olvidarían fácilmente de las bromitas que tuvieron que sufrir con resignación, forzando una sonrisa, como si, para no quedar tan en ridículo, quisieran aparentar que les estaban agradecidos por haberles hecho el honor de divertirse con ellos.

El novato más digno de pitorreo era un muchacho que se llamaba Juan, pero que tenía tipo de Inés.

Fué por esta paradoja que obtuvo tanto éxito a su llegada.

Todos los veteranos, sin excepción alguna, le rodearon, y cada uno de ellos le contemplaba a su antojo, haciéndole dar vueltas y más vueltas, como si fuera un figurín.

Y uno de los "viejos" preguntóle, deseoso de hacer reír a todos sus compañeros:

—¿Viene usted por la colocación de criada?

El novato se le quedó mirando con asombro. ¿Qué quería decir aquel veterano? ¿Le creía capaz de ir allí para ocupar una plaza de sirvienta? ¿Es que su cara no tenía, aunque poco, el suficiente pelo para que no se la confundiesen con la de una mujer?

El bromista añadió, viendo la estupefacción del novato:

—No hay duda de que será usted una lumbrera en la ciencia... doméstica.

—Pero yo, señores...

—Sí, hombre, sí; usted nos va a guisar unos manjares que habrá para caerse de espaldas.

La broma estaba empezada, y todos la siguieron, mortificando sobremanera a Juanito, que, aunque protestaba, no podía librarse de los "cruelés" compañeros.

Y lo desnudaron casi, como si los "viejos" tuvieran interés en guardar cada uno de llos, como recuerdo del colegial, una prenda suya.

El jefe de aquellos "hunos"—y decimos "hunos" por no decir "otros"—era, naturalmente, "huno", digo, uno. No podían ser dos jefes, si no había más que uno.

Y ese uno valía por dos. Era un dos en uno, como los impermeables.

El mocito de marras respondía por Jim Halloran, y era tan guasón, que se decía que nació riendo, que "humedeció" en seguida los pantalones de su abuelo, puso el primer diente a los tres meses, dijo "papá" y "mamá" a los cinco, y desde entonces no cesó de hacer genialidades.

Juanito las iba a pasar negras junto a Jim; pero quiso la suerte que llegase en aquellos momentos un Ford, guiado por un nuevo colegial, en cuya carrocería, como en una valla de anuncios, estaban escritos los más graciosos disparates.

Al ver aquello, Jim y sus compañeros dejaron en paz a Juanito y se acercaron al bordillo del jardín donde debía apearse el nuevo colegial.

Era éste nada menos que Robert Canfield, alias Happy—Feliz—. Aparentemente, iba a una rúa carnavalesca, a juzgar por los escritos del coche; pero en realidad se dirigía a la escuela, adonde acababa de llegar.

Desde el coche saludó a sus compañeros, con un gesto de hombre jovial, dispuesto a ser uno más en bromear y reírse hasta de su propia sombra.

Como era mayorcito, Happy no lloraba nunca, ni al ir a la escuela; y prueba de ello es lo que acabamos de decir.

Pero Jim y sus compañeros estaban decididos a trocar su risa por mueca.

A una, respondiendo a una señal que ellos



Era éste nada menos que Robert Canfield, alias Happy...

solos entendían, los veteranos se inclinaron ceremoniosamente ante Happy y, en nombre de todos, dijole Jim:

—¡Bienvenido, Lindbergh!

—¡Salud, compañeros de mi vida!

Jim añadió, invitándole a adelantar hacia ellos:



... fué cogido por varios brazos...

—¿Sabe usted dónde ha aterrizado, ilustre piloto?

Happy no era, ya lo hemos dicho, necio, y recogiendo la intención de Jim, repuso, no dejando de reírse:

—Pregúnteselo a mi abuelita, que fué quien me mandó aquí...

—A tu abuelita, ¿eh?

Y, obedeciendo a otra orden secreta, Happy fué cogido por varios brazos, que se disponían, al igual que lo hicieran con Juanito, a desnudarlo.

Pero Happy era hombre afortunado. En lugar de ponerse a gritar, el juego le divertía. Seguramente, tenía muchas cosquillas, y la broma, por lo tanto, no le resultaba pesada, ni mucho menos.

Pero los veteranos se habían empeñado en dejarlo casi como se paseaba Adán por el Paraíso, aunque respetándole los calzoncillos, claro está, para evitar posibles resfriamientos; y lo hubiesen conseguido, de no aparecer en tales instantes, de improviso, el director del colegio.

Alguien anunció su presencia.

—¡El director!

Y ni que decir tiene que "ipso facto" se restableció el orden.

Happy, con su sempiterna sonrisa en los labios y en los ojos, fué al encuentro del grave señor, no precisamente para llevarle el soplo de lo "bien" que le habían recibido los veteranos, sino única y exclusivamente para decirle:

—Una carta de mi padre, señor director...

Este abrió la carta, y al disponerse a leerla, dijo a Happy:

—En mi despacho hablaremos.

Y se dirigieron con paso lento hacia dicho despacho, mientras el director leía la carta del padre de Happy, con la cual iban algunas recomendaciones de buenos amigos del primero, deseando todos que el muchacho aprovechase bien el tiempo en el colegio.

Happy iba al lado del director, y mal les sabía eso a los veteranos, que querían apoderarse del novato y hacerle objeto de sus bromas, como a los demás. El no podía ser una excepción, ni lo sería.

Fueron tras él; pero Happy, custodiado por el director, se burlaba de ellos, seguro de que no le iba a ocurrir nada, pues no creía a los veteranos, por muy veteranos que fuesen, capaces de atreverse a cogerlo mientras caminase al lado del director.

Pero una vez que éste se desvió del camino, que Happy creía seguirían siempre recto, el novato se vió en el caso de pedir ayuda a sus pies para ponerse fuera del alcance de los veteranos, pues éstos, al verle solo, se lanzaron sobre él.

Y Happy, salvado gracias a la ligereza de sus piernas, no se vió más molestado, porque penetró en el despacho del director.

Los veteranos quedaron fuera, y Jim, que tenía su orgullo de jefe de los bromistas, dijo a éstos:

—Tiene una risa que me congestiona, y aquí sólo nos reímos nosotros.

Hablaron en voz baja, conspirando contra la integridad física de Happy; y todos se mostraron de acuerdo en zurrarlo a la menor ocasión, que no tardaría en presentarse.

Entretanto, las colegialas, merodeando por la parte del parque correspondiente a los colegiales, se detuvieron junto al Ford de Happy, y comentaron los letreritos, uno de los cuales decía así:

“El rayo soy. Donde me llaman voy
... o no voy.”

¡Tenía gracia el muchacho!

Pero ellas, que eran veteranas, y los veteranos, que se les reunieron, tendrían más gracia que Happy; y para demostrársela, atropellaron su automóvil, ya que a él no había sido posible aún atropellarlo. Y el atropello consistió en desmontar piezas, sin separarlas del todo, para que, al llevar el coche al garaje su propietario, se quedase sin él en mitad del camino.

De pronto, todos se separaron del coche, contentos de su obra, y porque acababa de

aparecer por la puerta de salida de la Dirección del colegio, una nueva colegiala.

Cabía en el cáliz de una rosa, como dijo el poeta. Se llamaba Vivián, y era tan bonita, que de haber nacido durante la revolución francesa, hubiese armado otra revolución.

Con pasos menuditos, Vivián acercóse a las que iban a ser sus compañeras de estudio, y preguntó a una de ellas, que bien podía llamarse Juanita la Larga, porque parecía un poste telegráfico:

—¿Quiere usted indicarme el dormitorio femenino?

La veterana, para divertirse a costa de la novata, repuso, señalando el automóvil de Happy:

—Este cacharro la conducirá a usted al pabellón de señoritas.

Vivián subió, sin darse cuenta de que un lemenino?

trero recomendaba de un modo muy serio:

“Encomiéndese a Dios al subir.”

Pero como no había conductor, volvióse en dirección a su amiga, que seguía de pie junto al coche, y la aludida le dijo:

—No se impaciente. El “chuflero” vendrá en seguida.

Un poco después, Happy salía del despacho del director. Dejaría su coche en el garage, y

luego iría al departamento que le había sido designado.

Al ver a Vivián en el auto, le pareció soñar.

¡Qué criatura! ¿Se la había mandado el cielo, para que no se quejase de vida? Era muy posible.

Ella, muy seriecita, preguntó al verle:

—¿Es usted el conductor?

—¿Yo? ¡Ah, sí! ¡Yo la conduzco adonde usted quiera! ¡No faltaba más!

—Hágame el favor de acompañarme al dormitorio de las señoritas.

—¿Al dormitorio? Con mucho gusto. Tendrá usted sueño, ¿verdad? ¡Digo! Porque al dormitorio sólo se va a dormir, ¿no?

—Haga el favor de no decir tonterías, chofer...

—Usted perdone... pero debo ser tonto de nacimiento, aunque con una suerte loca... y a la vista está.

Los veteranos contemplaban la pareja, esperando el momento del desmembramiento del automóvil, como consecuencia de la jugarreta que le habían hecho a Happy.

El coche se puso en marcha, y apenas recorrió unos veinte metros, perdió un ala, luego otra, y mientras los colegiales reían, Vivián, muy severa, preguntó a Happy, que no

cesaba, también, de reírse, porque aquello tenía mucha gracia:

—¿Cuál era su anterior profesión?

Sin vacilar, adoptando una actitud napoleónica, Happy contestó:

—¡Guardia de la porra!

—Le licenciaron por inútil, ¿no es cierto?

—No lo crea... Es que flechaba a todas las muchachas, y no había manera de regularizar la circulación.

Happy resultaba un fresco de marca mayor. El coche iba empequeñeciéndose, y pronto no quedarían en él más que los dos ocupantes, y no se preocupaba. Hasta que Vivián se apeó, indignada, y por la fuerza, pues el coche se atascó bruscamente, despidiendo a los ocupantes, y se alejó de Happy, quien, en tierra, donde cayó de narices, la contemplaba sonriente.

Pero como Vivián se alejaba más y más, para ir al pabellón a pie, él le gritó, esta vez apesadumbrado:

—Por favor, señorita, no puedo consentir que vaya usted a pie, teniendo yo coche.

Hemos dicho que estaba apesadumbrado al pronunciar estas palabras, pero—genio y figura, hasta la sepultura—, aun estando triste, resultaba guasón el festivo Happy. ¿No era gracioso que ofreciese su coche a Vivián, cuando

éste no era más que un montón de piezas que ni el propio Ford sabría colocar en su sitio?

Vivián volvióse al dirigirle Happy el ruego de que volviese a su coche, y no pudo menos, sin que él la viese, de sonreír, demostrando que no se había disgustado tanto como parecía, con él.

Happy dirigióse al departamento que le había sido señalado por el director.

En el mismo se hallaba un veterano del siglo anterior.

El "sabio" era Rodney Saint Clair. Ingresó en el colegio en el año 1894, pero se aficionó tanto a la geometría, que se le extravió la vista... y la seguía buscando. De ahí que fuese... bicho.

Happy le saludó cordialmente, tratándole de igual a igual, a pesar de que, a juzgar por lo que estaba haciendo en aquel salón, era el criado de aquel departamento.

En efecto, Rodney lo mismo servía para un berrido, digo, barrido, que para un fregado. A fuerza de estudiar, sabía tanto, que su saber encontraba provechosa aplicación en cuidar de las habitaciones de los colegiales y en ganarse buenas propinas limpiándoles las botas.

Rodney, que, a causa de su defecto óptico, veía las cosas diagonalmente y, a veces, do-

dibles, y creyó que Happy había llegado con compañero, y le dijo:

—¿Qué desean ustedes, jovencitos?

Happy se volvió y buscó por todos los rincones al otro jovencito, hasta que, convencido de que la vista de Rodney no estaba en su sitio, repuso:

—Estoy solo, amigo, y traigo esta nota del director para el profesor encargado de este departamento.

—Espérese aquí un momento.

A poco, el profesor encargado de aquel departamento salió a recibir a Happy, y como también acababan de llegar los veteranos que dormían en aquel pabellón, y entre los que se contaba Jim con sus compañeros, el profesor presentóles a Happy:

—Robert Canfield, desde este instante condiscípulo de ustedes.

A una, como acostumbraban hacerlo para pitorrearse de alguien, los veteranos se inclinaron y exclamaron:

—¡Muy señor nuestro!

—¿Cuál de ustedes desea ser su compañero de cuarto?

Ninguno contestó, y para evitar que Happy se disgustase al insistir él en su pregunta y los colegiales en su silencio, añadió:

—Ocupará el número 27, con Jim Halloran.

Jim se mordió los labios, furioso ante la determinación del profesor.

Este se reintegró a su despacho particular, y al quedar a solas los muchachos, Jim se encaró con Happy y le dijo:

—Médite usted el paso que va a dar... y búsquese otra compañía, para mayor seguridad.

Pero Happy, a pesar de haber recibido aquel desaire, que entrusteció su corazón, pronto a todas las generosidades, quiso demostrar a todos que él prescindía de los caprichos de sus compañeros y que únicamente acataría las instrucciones de sus superiores.

Así, pues, trasladó su equipaje al cuarto de Jim, y éste, al encontrarlo en él, buscó camorra.

—¡Saque ese baúl de mi cuarto!

Happy le miró con firmeza y exclamó:

—¡El baúl se queda aquí, y su dueño también!

—¡Está bien! ¡No se dirá que no le avisé!

Y, coincidiendo con la aparición de los demás veteranos de aquella sección, Jim pegó duro a Happy, quien fué a caer de espaldas contra el marco de una ventana; pero reaccionando prestamente, hizo una magnífica exhibición de boxeo, que dió al traste con la fanfarronería de Jim.

La victoria era netamente de Happy, pues

Jim quedó en el suelo, molido y convencido de que sus puños no podían medirse con los del novato, que sabía un rato largo de cómo se boxea.



Jim pegó duro a Happy...

Y como por encima de todas las vanidades, ilumina el alma humana la luz de la nobleza, Jim, que era un muchacho de conciencia, levantóse, sonrió a Happy y éste, creyendo que su sonrisa era de ironía, de promesa de que se verían más tarde las caras, le dijo con pensar:

—Lamento lo sucedido, pero reconózca usted noblemente que yo debía demostrarle que no soy manco...

A lo que Jim, ante el aplauso general, repuso, ofreciendo su mano de amigo a Happy:

—¡Te has ganado el puesto, compañero!

Y la sonrisa de Happy volvió a adornar sus labios.

Transcurrieron unos días.

Happy y Jim eran los dos mejores amigos del mundo.

Se querían como hermanos, ayudándose mutuamente en el más pequeño detalle, atentos a su felicidad.

Cierta noche, preparándose para el baile que iba a celebrarse en el salón de fiestas del colegio, uno y otro se ayudaron a hacerse el lazo de la corbata, y mientras terminaban de arreglarse, hablaron de lo bien que se entendían los dos en el juego del rugby.

—Si el pase que hemos estado ensayando hoy nos sale perfecto, vamos a hacer furor, ¿no te parece? —comentó Happy.

—¡Ya lo creo! ¡Ese pase de la muerte es maravilloso! Hagámos una nueva prueba...

Se apoderaron de un pequeño florero, a falta de pelota, y se colocaron.

En aquellos momentos entraba en el cuarto

de los dos amigos el bizo Rodney, con dos pares de zapatos recién lustrados.

Al ver que los muchachos iban a ejecutar el magnífico pase de la muerte, de su invención, se apostó junto a la puerta, como si fuese un jugador más, y se hacía la ilusión de que iba a detener la pelota, o sea, en aquella ocasión, el florero.

Los dos amigos realizaron el pase; pero Happy mandó el florero demasiado alto, y fué a romperse en la cabeza de Rodney, quien vió, con su vista y todo, las estrellas y a San Pedro fumándose un Romeo y Julieta apoyado en la barandilla del cielo.

Menos mal que Happy, para calmar al fulgurante bizo, le alargó dos pesetas, para que se comprase otra cabeza.

Ya estaban a punto de salir de su habitación, cuando llegóse hasta ellos el compañero Juanito, el tipo de Inés, cuyas gafas de concha eran, acaso, mayores que su rostro.

—¡Hola, compañeros! —saludó tímidamente.

—¡Hola!

—¡Hola!

—He venido a deciros... como sois tan amables...

—Desembucha, querido...

—¿Quiere formar uno de vosotros pareja con mi hermana en el baile de esta noche?

¡Atiza! Instintivamente, los dos amigos se imaginaron cómo debía ser la hermana de Juanito. Si el chico era feo, insignificante y tímido, la hermana sería un adefesio que no podría cogerse ni con cola.

Convenía, pues, quitarse el muerto, y el primero en disculparse fué Jim.

—No sé si voy a poder ir a la fiesta... —dijo, fingiendo sentirse malo.

Y Happy:

—¡Los sesos de la cena han debido subirseme a la cabeza!

Juanito entrisciéose, e iba a alejarse del cuarto de sus compañeros, cuando Happy, apiadado de él, y resignándose, por compañerismo, a correr el riesgo de que todo el colegio masculino se burlase de él por bailar con la más fea, prometió al hermano que ésta sería su pareja en la fiesta.

—¡Gracias, Happy! ¡Eres un buen muchacho!

Y Juanito se marchó, radiante de satisfacción.

Jim rióse de Happy, y cuando la risa le permitió decir algo, exclamó, entre carcajada y carcajada:

—¡Menos mal que no tiene dos hermanas! Los colegiales de ambos sexos se conocían

en aquella fiesta, a la que asistían varios familiares.

A buen seguro que de la primera presentación saldrían esos amoríos que luego se convierten en sagrados lazos.

Los dos amigos llegaron, como todo lo bueno, cuando todos estaban en la fiesta.

Jim vió a Juanito al lado de una muchacha altísima, la misma que hemos mentado al principio con el nombre de Juanita la Larga, y, reprimiendo la risa que le acometía, dijo a Happy:

—Esa doña Brígida es la hermana de Juan.
—¿Esa?

—¡Ja, jay! Es más larga que un día sin pan.

—Cuando baile con ella, me parecerá que me muerde las orejas.

—Y se te comerá todo el pelo.

—¡Calla, idiota!

—¡Ay, que me troncholibilis!

—Me gustaría verte en mi caso.

—No te “aceroles”, hombre, no te “aceroles”. Al peligro hay que hacerle frente.

Juanito puso fin, con su llegada, a la plática de los dos amigos.

—Ven... Te voy a presentar a mi hermanita... —dijo a Happy.

Y éste, haciendo honor a su palabra, siguió a Juanito, y al hallarse ante la larga, le ten-

dió la mano, tratando de sonreír, para no echarse a llorar.

Pero la larga se le quedó mirando con extrañeza, pues no le había sido presentado, y entonces Juanito, haciendo apartar un poco a la alta colegiala, señaló a una lindísima criatura que el corpachón de la larguirucha había ocultado hasta entonces.

Y esa monada de criatura, ese encanto, esa perla escondida, era...

¡Díganlo ustedes conmigo!

¡Era Vivián!

Al verse de nuevo, ella y él se echaron a reír.

Juanito los contemplaba, no comprendiendo la rápida simpatía nacida entre ambos, y Happy se encargó de decirle:

—Nos conocíamos ya...

—¡Qué casualidad!

Y Juanito, satisfecho de que ya se conocieran, se apartó de ellos y fué a conversar con un grupo inmediato a Jim.

Happy, sonriente, ahora más que nunca, porque la sorpresa no podía ser más agradable, dijo a Vivián, que se mostraba muy complacida de la misma:

—¡Bendigo la ocasión de volverla a ver... en otras circunstancias que la semana pasada!...

Y hablaron de aquella aventura en que él pasó a sus ojos como chofer.

Jim vió, de súbito, a Vivián hablando con Happy, y preguntó a Juanito:

—¿Quién es ese angelito que está hablando con Roberto?

Juanito, feliz, muy feliz ante los elogios dedicados a Vivián, repuso:

—Es mi hermana.

—¿Tu hermana?

—Sí...

¡Apoteósico!

No se dió allí mismo Jim de puñetazos, porque no quería estropearse la camisa almidonada; pero merecía que lo azotasen de lo lindo, por no haber querido ser la pareja de Vivián, de una monada, de una paloma vestida de doncella.

Pero él quería bailar a toda costa con ella, y después de hacer varias señas a Happy, que era quien ahora se reía, consiguió que le presentara a Vivián.

—Celebro mucho saludar a la más gentil de las colegialas de Carver—le murmuró, mirándola a los ojos.

—Es usted muy galante.

La música empezó a tocar, y Happy, apoderándose de Vivián, por si acaso, se puso a bailar.

Jim no bailaba, y viéndolo solo, Vivián fué a decirle, del brazo de Happy:

—¿No tiene usted pareja?

—No...

—En ese caso, voy a presentarle a mi mejor amiga...

Y llamó a una colegiala... que resultó ser Juanita, la Larga.

Happy se retorcía de risa, interiormente, y Jim pasaba las de Caín, bailando con la larginuchera, quien, además, estaba tocada del boleto, o sea, algo loca.

Durante un descanso, los dos amigos y las dos amigas se reunieron en el jardín del colegio.

Jim logró alejar a Happy y a la larga, y mientras Vivián contemplaba la luna ocultándose y volviendo a aparecer entre las nubes, la adoraba en silencio.

El muchacho comprendía que amaba a Vivián, que un amor fuerte, intenso, avasallador, había penetrado en su corazón, robándole el sosiego. ¡El primer amor!

Ella, ajena a ello, musitó:

—¡Qué bello! ¿Verdad?

Se refería al claro de luna.

Pero Jim, enamorado, repuso:

—Usted lo es más.

Y ella le miró; y lejos de comprender que

aquellas palabras del colegial demostraban que la amaba como un loco, como sólo se ama una vez, desenfrenadamente, sin atender a razones ni a miramientos, ni a nada, se sonrió deliciosamente, atribuyéndolas a mera galantería.

Pero no era eso, sino amor, verdadero amor, ansia de amar, que es más que el amor mismo.

Happy y la Larga volvieron, y así quedó interrumpida la escena entre Vivián y Jim.

Happy y Vivián se alejaron por el jardín, y la Larga, pensando que Jim sentiría algo por ella, se puso romántica, y dedicó mil alabanzas a la luna... Pero el muchacho, que sólo pensaba en la otra, la mandó con viento fresco.

Los que aman y no son amados, son crueles con los que quieren amar.

Un año después, Happy y Jim eran los dos más firmes punitales del equipo de rugby de Carver.

Vivián amaba a Happy, pero en secreto, es decir, sin haber formalizado sus relaciones.

La Larga amaba a Jim, pero estaba convencida de que éste no la amaría nunca; pero... esperaba. Era feliz teniéndole a su lado, y no abandonaría su ilusión hasta que él desapareciese por completo de su vida.

El entrenador estaba orgulloso de los dos

amigos y contaba con ellos para ganar a todos los equipos que se les presentasen.

Jim buscaba la menor ocasión para estar junto a Vivián, y daría cualquier cosa porque ella



Jim buscaba la menor ocasión para estar junto a Vivián...

le hiciera un poco más de caso, para permitirle revelarle lo que su alma sentía.

Y a medida que pasaba el tiempo, se hacía

cada vez más difícil a Jim el ocultar a su compañero el amor que le inspiraba Vivián.

Y cierto día, al dejar a Vivián a la puerta del pabellón femenino, Happy dijo a su amada:

—¿No has observado, de un tiempo a esta parte, algo extraño en Jim?

—Está un poco taciturno, pero no sé a qué atribuirlo...

—Creo que el muy cabezota está enamorado.

—Eso será... y no tiene la suerte que tenemos nosotros, ¿verdad, Happy?

—Verdad, cariño; porque, ¡mira que es tener suerte el que tú me quieras!

Y, el uno del otro, se besaron en los labios, después de asegurarse de que nadie les podía ver.

En su habitación, Jim pensaba en Vivián. La contemplaba, irresistiblemente hermosa, en un retrato, que se apresuró a retirar al sentir llegar a Happy.

Pero éste acababa de descubrir el motivo de la tristeza de su amigo, pues iba a entrar en el cuarto cuando le sorprendió besando la fotografía de Vivián, y se apartó discretamente, silbando en el pasillo, para prevenirle de su llegada.

Llegó el día del último partido de entrenamiento.

Vivián, el bizco Rodney y la Larga estaban en el campo.

Jim, malhumorado, iba a jugar por obligación, sin ánimo alguno.

Fué el último en salir de la caseta, y al ir



Vivián y el bizco estaban en el campo...

a salir al campo, oyó que varias muchachas hablaban, a propósito de Vivián y Happy:

Casi todas creían que Vivián amaba a Happy, el héroe del equipo, porque a ella le seducía el brillo de la gloria. Por nada más. Ya verían las que no pensaban así, cómo Vivián

se apartaría de Happy si éste perdía jugando con el equipo de Stafford, que iba a celebrarse al día siguiente.

Y Jim, loco de amor, dejó que anidase en su espíritu una idea criminal.

Y, jugando, dejóse caer en el suelo, junto a una meta, y cuando Happy, llegando con la pelota, para marcar un tanto más, se encontró a la altura de él, Jim le hizo, como involuntariamente, una zancadilla, y el héroe del colegio cayó aparatosamente en tierra, dándose un formidable golpe en el pecho contra el larguero.

Un testigo tuvo la mala acción de Jim: la Larga; pero calló.

El entrenador del equipo estaba desconsolado. Su mejor jugador había sido lesionado la víspera del sensacional partido, y todo hacía presumir que perderían. Sólo podía contar con Jim, y éste contaba con su triunfo para ver si la opinión de las muchachas murmuradoras era cierta, es decir, si Vivián le aceptaría como novio, caso de ser proclamado el vencedor indiscutible.

Happy se guardaba para sus adentros si sabía que Jim le había hecho caer, o no lo sabía. El caso es que no guardaba el menor rencor a su amigo, y sólo deseaba que fuese él el triunfador.

Así se lo demostró cuando estuvo a visitarlo. Jim quería hablar, porque no era malo y estaba arrepentido, pero la llegada de Vivián, con su hermano y la Larga, se lo impidió.

Mientras Vivián hablaba con el herido, que estaba en cama y en manos del médico, la Larga fué al encuentro de Jim, que se quedó en un rincón, muy abatido, y le dijo, cariñosa, como una hermana:

—Lo comprendo todo, Jim... Sírvale esto de lección, y no olvide que cada cual ha de resignarse a su suerte... y que nada se obtiene por la violencia.

Happy deseaba que al día siguiente Jim luchase por los dos; pero Jim, dejándose llevar de su dolor, desapareció del colegio, y rodó de taberna en taberna, hasta emborracharse y quedar dormido en una silla hasta el amanecer. Luego, tuvo vergüenza de volver al colegio, y el partido con Stafford iba a empezar y Jim no había llegado aún al campo.

Iban a jugar sin él, y era de temer que la derrota sería sonada.

Vivián, la Larga y el hermano de la primera estaban enterados de la desaparición de Jim, pero, al ir a ver al enfermo antes de dirigirse al campo de juego, no quisieron decirle nada respecto al particular, para que no se disgustase.

Y he aquí que cuando Happy se figuraba que su compañero estaba jugando como un león contra el equipo de Stafford, le vió llegar a la habitación.

—¡Tú!... Pero, ¿qué haces aquí? ¿No fuiste al campo?

Jim no contestaba. Estaba aún mareado por la borrachera, apenas disipada.

Happy, indignado, le asestó un terrible puñetazo; mas, luego, arrepentido, pensando que los hombres, por ser hombres, son débiles y llegan, en materia de amor, a las más absurdas fechorías, le dejó en paz, y salió velozmente, vestido como estaba, pues no había querido permanecer en la cama aquella mañana, hacia el campo.

Tomó un cochecito, y el bizco fué con él.

Jim, que se había recobrado del golpe, salió también, y pudo subir al coche, suplicando a Happy, por lo que más quisiera, que le dejara ir con él, y jugar, pues quería rehabilitarse.

La aparición de los dos jugadores fué recibida con atronadores aplausos. No era prudente que Happy jugase, pues estaba herido, y una caída podía serle fatal; pero él quiso jugar, teniendo a su lado a Jim.

Y los dos jugaron como leones; y cuando todo intento de reacción por parte del equi-

po de Carver parecía imposible, la fuerza de voluntad de los dos amigos salió triunfante.

¡Y ganó Carver!

¡Y había que ver cómo gritaba y saltaba de entusiasmo el bizco!

Vivián besó a Happy, su Happy, su héroe, y luego hizo lo propio con Jim, el otro vencedor, la otra gloria del colegio, y aquel beso puro, tan deseado, estremeció de felicidad y de tristeza a un tiempo mismo al infeliz.

Era un amor imposible el suyo. Vivián amaba a Happy. Vivián no sería nunca para él.

Se alejó, después de desear la mayor suerte y felicidad a los novios, que acababan de demostrar su compromiso oficial, hasta entonces oculto, y la Larga, acercándosele, le estrechó la mano, llena de emoción, reprimiendo, como él, unas traviesas lágrimas.

¡Las lágrimas del primer amor!

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

E
B